

sultado por quien quiera internarse por esta época. Generalmente, al análisis de cada escritor va adjunto un selecto trozo de su verso o prosa que en muchos de ellos demuestra una notable facultad para escribir: el tráfago cotidiano de la vida, empero, malogró la inspiración y las aficiones de muchos. La obra ha sido presentada por la Editorial Nascimento. — ALBERTO ARRAÑO.



<https://doi.org/10.29393/At232-160SLAT10160>

SOLFEO LUNAR, poemas de Carlos H. Albarracín Sarmiento, La Plata, 1943.

Carlos Albarracín, por línea materna, en un descendiente de Domingo Sarmiento. Publicó su primer libro de versos a los trece años. «Solfeo lunar» es el producto de los diecisiete. Así lo declara él en la dedicatoria de este último.

Todo un caso de precocidad literaria. Pero en cualquiera actividad artística no importa tanto la edad de la iniciación como la calidad de la obra realizada. En esto, es difícil que alguien pudiera estar en desacuerdo con nosotros.

Albarracín no es una excepción en cuanto se refiere al proceso formativo de un poeta. Empieza a cantar con más o menos empleo de voces ajenas. Se orienta por cauces que ya están abiertos. Ejemplo de esto sería su «Soneto» que empieza: «Se desmaya una frágil melodía...», en que lo vemos conducirse como un moderado modernista. Y la moderación no constituyó el fuerte de la escuela creada por Rubén Darío.

Toda nueva voz se acondiciona a las prosodias existentes. Nunca podría esto ser convertido en un reproche. Es el simple reconocimiento de un hecho. Pues el poeta que nace, por paradójica ilusión, existe demasadamente fuera de sí mismo. Va de hallazgo en hallazgo, de sollicitación en sollicitación encendido de una grande avidez inquisidora. Todas las cosas y los seres

le concitan al ejercicio de la destreza lírica y él se entrega a los imperativos de unas y de otros, a distancia del propio yo sumergido en la contemplación del mundo. Surgen así—meras adjetivaciones poéticas—las estrofas a la madre, a la amada, al recuerdo, a los atardeceres, al mar, a los viajes, a los horizontes. . .

Es la caracterización de todo comienzo. ¿Cómo iba a eludir, Albarracín, una ley común, un destino semejante?

Coinciden, en las páginas de «Solfeo lunar», el despertar creador del autor y su adolescencia, que también ésta es despertarse, un despertamiento a la vida. Lo vemos doblemente conmovido ante el múltiple e inagotable espectáculo del universo. Nuestra imaginación lo considera como a un enigma de infinitas y veloces reiteraciones, acaso todavía superiores a un seguro control estimativo.

Una profunda conciencia de lo que debe ser la ética aplicada a la literatura, la moral poética, sólo nos autorizaría a saludar, en Carlos Albarracín, a un cruzado que parte, remotamente, en demanda de su Santo Sepulcro. Y esperar, desde luego, un retorno generoso.

No podría, él, defraudar nuestra confianza.—ALDO TORRES PÚA.



SAN JUAN DE LA CRUZ, por *Robert Sencourt*.

Ha aparecido en Inglaterra, editado por Holis and Carter, una excelente biografía de San Juan de la Cruz, el gran poeta místico español del siglo XVI. La ha escrito Robert Sencourt, autor que ha estudiado detenidamente la vida y la obra del poeta, y se ha sentido seducido por la gracia profunda de aquel que, con palabras de Sencourt «nos ha dado el alma de la poesía y la poesía del alma». Quien conozca la obra de San Juan de la Cruz advertirá cuán exacta excepción es ésta.